

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 9 de Diciembre de 1897

Núm. 368

HOMBRES ILUSTRES



El eminente bacteriólogo M. Pasteur, en su laboratorio



Burlas y veras

Más bien veras.

Porque se necesita tener ingenio muy agudo y despierto para burlarse de cosa tan triste como la muerte, aun creyendo, lo creo yo, que en eso de morir no hay más que un simple fenómeno de óptica. Muérase quien lo dude: verá que todo se reduce á una deliciosa prolongación del ensueño (digo *ensueño*), y deben saber todos por experiencia, si es grato soñar. No incluyo en el catálogo de las bienaventuranzas, naturalmente que no, las pesadillas; eso queda para las conciencias culpables, para los espíritus turbados. ¡Digo, á lo menos yo no soñé nunca más que mieles!

Consideremos que morir es pasar, y pasar, acepción de morir, pueden creer los gofos que es puro galicismo, pero eso no impedirá que yo me incline á los franceses que entienden de muchas filosofías, y entre ellas de la filosofía del lenguaje.

Pues conste que el que muere *pasa*, y conste también que me acomodo á la sentencia de los latinos...

*
**

Quería yo hablar de dos muertos, no porque hayan *pasado*, que en esto no hay sino repicar á gloria, pero por la tristeza que ofrece la enseñanza de sus vidas (ambas á dos), á los humanos.

Y tal.

Rafael Delorme ha muerto mísero, en uno de esos establecimientos caritativos que se crean para disimular nuestro egoísmo, y decirle al pobre: «no quedarás en el arroyo; ni... acabarás (no digo *pasarás* para que no protesten los púdicos) como un perro»

Rafael Delorme era periodista.

Lo pongo á parte, en un solo renglón, para significar cuánto quiere decir ser periodista. Yo creo en las clases, cuando se habla del ingenio. No admito en arte... y en los periódicos, más categoría que la de emperadores, reyes y príncipes, y no creo ni en el Presidente del Consejo de Ministros. Me disgusta Clarín, á quien estimo, porque... transije ¡ay!

Repito por tanto, que Rafael Delorme era todo un señor periodista.

Tenía lo que no tienen muchos á quienes conozco, henchidos de ciencia vana; tenía suficiencia, doctrina, estudio.

A mí no me importa que haya muerto. ¡Felíz él! pero me indigna que viviera acosado, mísero; me subleva que los hombres cultos caigan vencidos en lucha asquerosa con el hambre. Es inconcebible, monstruoso, que los escritores no puedan comer, y arrastren una vida de mineros, siempre afanados en recoger oro puro de ideas, para que la humanidad no se agote devorada por su propio idiotismo, para que se renueve y sienta perpetuamente un oreo de juventud.

La humanidad no debe poner precio á la labor de sus artistas; no hay recompensa posible, no hay modo de establecer el cambio, y sería justo, justísimo, que los escritores metieran mano en todos los tesoros del mundo, á capricho, para vivir como ilustres, como príncipes que son.

Conozco que los franceses nos aventajan, que han logrado una superioridad indiscutible sobre todos los pueblos de Europa, en que sus escritores son además... propietarios. ¡Tienen hoteles!

Nosotros no. Delorme cae roído por el gusano de la miseria en un hospital, y las coronas de Zorrilla se ven á pique de enredarse en las telas de araña de los usureros. ¡Y Zorrilla ha dado tesoros á la nación! Tesoros que constituirán los caudales de su riqueza, cuando siglos adelante las peluconas se conserven en algún museo como prueba histórica de las maldades de la raza, porque haya surgido de las entrañas de la humanidad otro legislador que declare la moneda nula y sin valor.

Entretanto, el empeño de esas coronas y la muerte de Delorme constituyen una gran vergüenza nacional.

J. F. LUJÁN.

¡Si, señor!

Tiene usted razón amigo Clak, razón que le sobra por encima de la cabeza. Que hayamos entrado de lleno en el invierno es cosa espeluznante, horrorosa, incómoda. Sobre todo para los que no tenemos capa ni gabán y vamos helándonos por esas calles, amoratada la nariz, lacrimosos los ojos y *trémulo el labio*.

«Yo inocente en paz vivía...» y hasta pasaba por elegante en ciertos y determinados días del ardiente estío, cuando me echaba á la calle vistiendo el terno azul de doce duros, brillantes las rojas botas y sudando todo el sistema métrico decimal, con uno de esos cuellos de cura que gastan ahora los chicos de la *creme*. Daba gusto verme, palabra de honor... Con la mano derecha mimbreaba el bastón que me regaló el amigo Val; con la izquierda retorció las puntas de mi bigote *japonés* y procuraba mantener la simetría de la corbata, para que no pudiera tildárame de *Adán*; andaba grave, serio, altivo, como el que sabe que lleva encima lo mejorcillo que tiene y procura cuidarlo y conservarlo.

Tengo la seguridad completa de que más de una muchacha de las que salen á paseo por las Ramblas á caza de novio, se conmovió ante mis miradas de fuego, ante mi apos-tura, ante mi gentileza, ante mi *buen ver*... Pues bien; todo aquello se ha disipado como ilusión de modistilla histérica ó sueño de planchadora romántica.

En los momentos actuales no estoy para darme á vistas y mucho menos para permitirme la libertad de andar en galanteos. ¡Diríjase á una de esas beldades que van en-vueltas en pieles y ostentan primorosos y peludos trajes!... ¿Para qué?... En cuanto ven que el *requebrante* va á cuerpo gentil, ¡adios mi dinero! ó el de ellas: acto seguido sufre usted la más bo-chornosa de las derrotas.

Un hombre *sin* abrigo está mal considerado en cualquier parte que se presente. Lo primero que oye decir es:

—Pobre muchacho! con el frío que hace va expuesto á *coger* una pulmonía.

Esto es un insulto, si señor, un insulto que no toleraría de nadie ni en ninguna ocasión. A esos seres sentimentales que se compadecen del prójimo

ULLASTRI



Naturaleza abrupta

al verles tiritar y soplarse las yemas de los dedos, les diría respetuosamente yo: — En el *Old England* venden gabanes á nueve duros. ¡Nueve duros! ¡La insignificante cantidad de cuarenta y cinco pesetas! Dénmenlas y en seguida se verificará en mí una metamorfosis completa; en casa se conquistarán ustedes las más acendradas simpatías, y mi reconocimiento será eterno.

¿ Cree usted que no cambiarían de parecer y tratarían de dorarme la píldora diciéndome que el invierno no será muy frío, que la higiene aconseja no llevar más ropa en invierno que en verano y otras frases consoladoras?... Yo aseguro que sí, y lo aseguro por experiencia, porque del mismo modo que no se encuentran hoy por un ojo de la cara sastres de aquellos que fiaban y que han pasado á la historia, nadie lleva su compasión al extremo de regalar un gabán ó una capa, aunque sea de los de cuatro duros.

Estamos perdidos, amigo Clak, perdidos irremisiblemente. O nos procuramos por buenas ó malas artes un gabán, aunque sea de segunda mano, ó nos encerramos en nuestra casa «cual la hormiga en su madriguera», hasta que hagan su reaparición «las obscuras golondrinas».

La dignidad, el decoro y la consideración de las gentes se pierden sin un buen gabán. Mire usted, no hace muchas noches, el Director del periódico donde me exprimen el jugo á cambio de los prosáicos garbanzos, me confió la misión de que fuera al «Fomento del Trabajo Nacional». Allí se reunían los hombres de viso y de dinero para tratar de eso de la autonomía de Cuba. Ya ve usted, si para mí era grande honor poder alternar y codearme con todos esos caballeros. Pues tuve que renunciar. ¿Y sabe usted por qué renuncié? Muy sencillo. Supuse lo que sucedería, poco más ó menos.

Frases elocuentes, discursos hermosos, diatribas para el Gobierno, una porción de perrerías para los rebeldes, que asolan la isla, sangran la patria y nos llevan al precipicio más espantoso, etc., etc. ¿Y luego, qué? Aquellos señores saldrían bien envueltos en sendos gabanes (cada individuo en un gabán) y entre tanto yo veríame obligado á meterme las manos en los bolsillos del pantalón y echar á correr, para que el frío se hiciese menos *sensible* y á peligro de que me tomaran por anarquista que huye, ó por un partidario de Weyler, en estado de locura por la injusticia con que se ha tratado al general. No quise ir, y me parece que obré con cordura...

Mal, muy mal se presenta el invierno. Si *esto* no se arregla de algún modo que me proporcione un gabán bueno ó malo, voy á tener que recurrir al procedimiento emplea-

ALREDEDOR DEL MUNDO



SCHLUCHT. — El Lago Blanco

J. PASSOS



Las primeras rosas

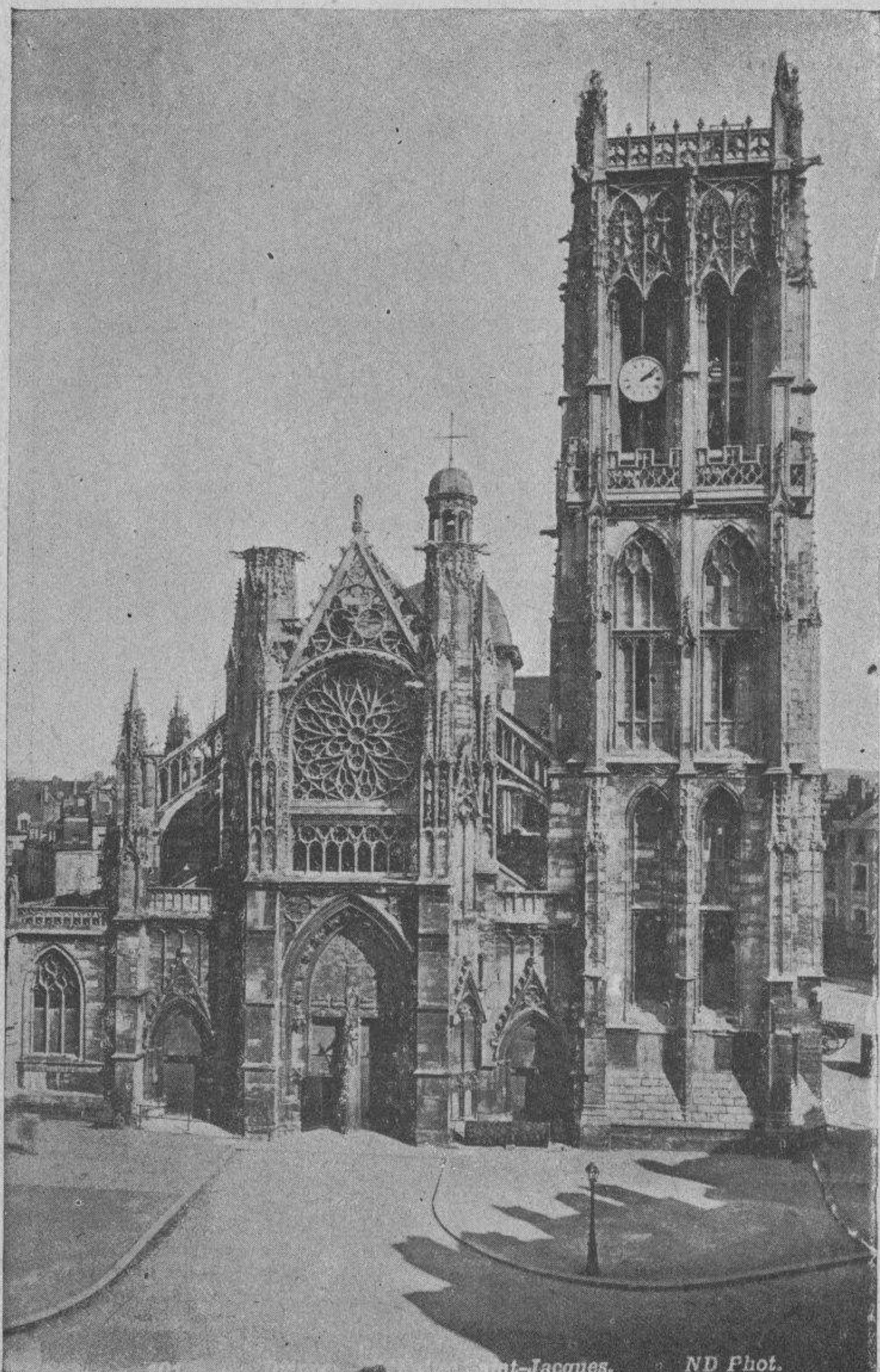
do por un amigo mío, periodista, por más señas, ¡literato había de ser! que se defiende forrándose *interiormente* con periódicos del cambio. No sé hasta qué punto dará resultado tal precaución, pero juro por mi nombre que estoy decidido á ponerlo en práctica, aun cuando tenga que sufrir los inconvenientes que traiga consigo el sistema. Entonces hay que evitar las palmaditas amistosas en las espaldas y sentarse con mucho tiento para que el ruido de los papeles no delate el ardid y haya quien suponga que lleva unos ratones amaestrados en los bolsillos de la americana. Pero, en fin, si el éxito es bueno, podré repetir con Góngora aquello de

«Ande yo caliente
y ríase la gente.»

¿Le parece á usted que Góngora habría ya empleado el procedimiento?...

Después de las molestias que necesariamente trae consigo el descenso de la temperatura, hay dos cosas que me sublevan y me sacan de quicio. La primera es la teoría de los físicos que aseguran que el frío no *existe*. ¡Cómo se quedan con nosotros! Y la segunda, esas gacetillas *gedeonianas* de los periódicos *formales*, que dicen con la mayor seriedad del mundo que el frío se nos *ha echado encima*, y otras lindezas por el estilo...

ALREDEDOR DEL MUNDO



DIEPPE. — Iglesia de Santiago

¡A quién se lo cuentan!... Había para ofenderse y tomar la cosa en serio y decirles cuatro frescas á esos chicos. Creo tan necias esas noticias, como las que un maestro de escuela publicó en un periódico de mi pueblo, haciéndonos saber, lo mismo que si acabara de descubrirlo, que la tierra es redonda y que el día tiene veinticuatro horas. ¡Decir que hace frío á quien sufre los rigores del invierno con un trajecillo de verano! Resulta broma de mal género.

Para colmo de males, observo hace días que las manos se me *sabañonizan* (inventó la palabra porque estoy en mi derecho. Modernismo puro)... ¡Qué va á ser de mí!...

En cuanto empiecen á agrietárseme los dedos y á adquirir ese tinte rosáceo que denuncia la mano del hortera *pur sang*, mi desesperación va á rayar en lo inconcebible. Me quedo sin poder trabajar y, por lo tanto, sin comer. A menos que no haga entonces de *verdad* lo que ahora suponen mis detractores (porque yo también tengo detractores como cada hijo de vecino) que hago.

Escribir con los pies.

JULIÁN PÉREZ CARRASCO.

Un hombre feliz

— Créame usted, señor mío; el secreto de la verdadera felicidad consiste en eso y nada más que en eso: en tomar las cosas tal como vienen, pero sin apurarse jamás por malas que sean, y esforzándose en sacar de las mismas una buena ración de optimismo. ¿No ha leído usted ese admirable libro escrito por el filósofo de Ferney que se titula *Candide*?... ¿Sí?... Pues aténgase al espíritu encerrado en él; no busque usted más catecismo para hallar la mayor suma de felicidad en este mundo.

— Esto es muy bonito en teoría; en la práctica se hace muy difícil, mucho...

El viejecito se encogió de hombros, sin dejar de sonreír; apuró el bock y apoyando los codos sobre la mesa, contestóme con acento de firmísima persuasión:

— Todo lo que el hombre considera bueno en teoría, puede ponerlo en práctica, si se aferra sinceramente en ello.

— Eso es muy discutible... — opiné, moviendo la cabeza.

— ¡Qué ha de ser!...

— Usted no me negará que toda esa filosofía optimista es cuestión, ante todo, de temperamento; y como los temperamentos varían hasta lo infinito...

— Al temperamento se le domina, se le ductiliza, se le educa; para eso sirven la fuerza de voluntad, la instrucción, el raciocinio y la experiencia.

— Que quiere usted que le diga...

— Sí, señor, sí, no lo ponga usted en duda. Y la prueba de lo que le digo la tiene usted en esta personita que está usted mirando. Usted no puede figurarse por cuantos tropiezos y contradicciones he pasado desde que mi madre me echó al mundo. ¡Jesús y qué desgracias no me han asaltado en mi peregrinación por este que llaman valle de lágrimas! En un principio me lastimaban, me confundían, volvíanme tonto, idiota, medio loco... Pero á fuerza de energía moral concluí por dominarme de tal modo, que luego las desdichas que me acometían ya no eran desdichas, puesto que no son verdaderamente tales las que nos encuentran impávidos é indiferentes. El infortunio no tiene proporción propia, si así puede decirse; su proporción está en el efecto moral que nos causa.

El viejecito se reclinó, muy satisfe-

F. ITTENBAC



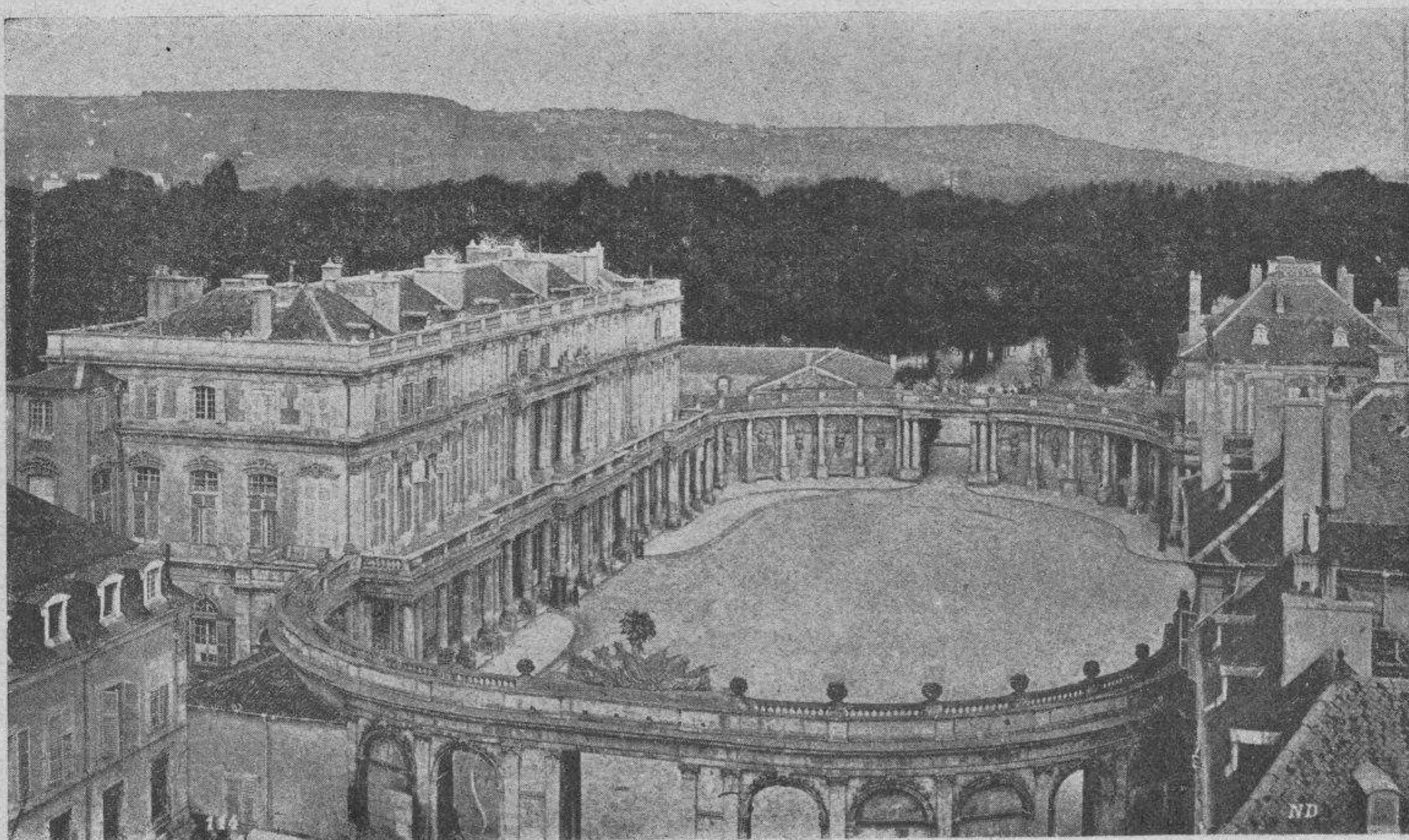
Pura como el lirio

cho de haber soltado este axioma, sobre el respaldo del diván; llamó al camarero, para que le sirviera otro bock, y continuó de esta suerte:

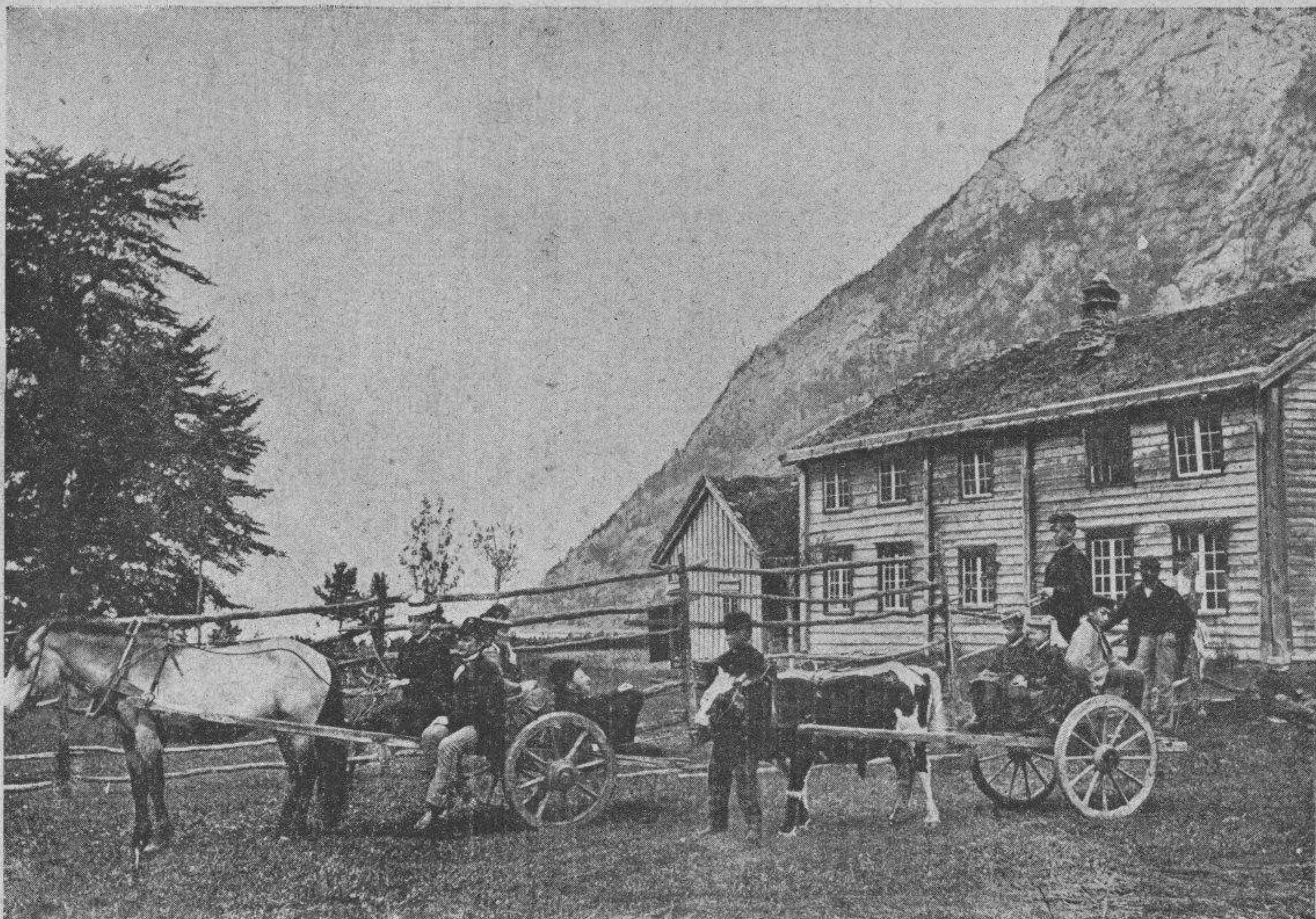
— Siendo todavía joven, quedé tan penetrado de la verdad de mis teorías (que no son mías, sino de todos los cerebros que piensan y discurren de una manera sensata), que me acostumbé á contemplar riendo cuantas barbaridades se empeñaba en hacer llover sobre mi cabeza el destino adverso. Perdí á mis padres y me dije que, dado lo mucho que sufrían de sus respectivas dolencias y negro malhumor, habían tomado una buena resolución, marchándose á otro mundo mejor. Perdí mi fortuna en la Bolsa y me consolé pensando que el dinero que se pierde se debe de perder y que si un día se encuentra uno sin recursos porque sí, al otro día puede recobrase lo perdido con la misma facilidad con que se fué. Y en efecto: murióse un tío mío que no me podía sufrir, y se había empeñado en que me desheredaría; pero como le acogotó de golpe y porrazo un ataque apoplético, no tuvo tiempo de cumplir su deseo, y sus patacones se me vinieron tan naturalmente á las manos, sin necesidad de hacer yo ningún esfuerzo. En cierta ocasión encontréme en una catástrofe ferroviaria, de la que resultaron diez muertos y treinta heridos. Uno de éstos era yo; salí con una pierna fracturada y fué preciso amputármela. ¿Sabe usted la reflexión que me hice?... Que es preferible perder una pierna á perder dos y que se fabrican hoy unos remos artificiales que da gozo ver y usar. En otra ocasión me robó mi administrador una cantidad importante; no sólo no me tomé el trabajo de afligirme, sino que discurrí que ese mal podía de una manera ú otra convertirse en beneficio. Y realmente así sucedió. Imagínese usted que esa cantidad la destinaba yo á completar otra mayor que quería invertir en la compra de una finca urbana. Esta fué adquirida por otro sujeto, que á los pocos días de la adquisición se vió enredado en un pleito del que salió con las manos en la cabeza. Perdió la casa y perdió no sé cuanto dinero en costas y gastos.

Finalmente, y para no cansar más la atención de usted, le diré que estando ya en mis cuarenta años me enamoré como un bobo de una viuda deliciosa. Me casé con ella y vivimos felices, muy felices, durante dos lustros. Pero hétete que un día, al entrar en casa me veo á mi gentil consorte en brazos de un arrogante capitán de caballería. ¿Usted se figura que yo me inmuté en lo más mínimo?... Pues no señor; tomé ese... contratiempo, tan frecuente en la vida conyugal, con toda calma y hasta me eché á reír, si señor, á reír, al ver las caras estúpidas, embrutecidas de los dos amantes sorprendidos

ALREDEDOR DEL MUNDO



NANCY. — Palacio de la Gobernación



Paisaje noruego

en tan crítica situación. Nos separamos mi mujer y yo: ella anda por no sé donde. Yo vivo libre, tranquilo, independiente, al cuidado de una ama de llaves que se desvive por complacerme y que además de guisar como un ángel, es muy afectuosa y muy buena moza.

Rióse de muy buena gana el viejecito, paladeó un sorbo de cerveza y se quedó tan ufano, con los ojos medio cerrados, en la actitud de un hombre completamente satisfecho de su suerte.

JUAN BUSCÓN.

Consejo à mi amigo

(TRADUCCIÓN)

Sé que te casas, Gaspar,
y quiero darte un consejo,
y el consejo, si es de un viejo,
no se debe despreciar.

Mi consejo, á toda luz
no hay quien seguirlo no pueda:
tira al aire una moneda
y te saldrá *cara* ó *cruz*.

Si sale cara, Gaspar,
no te cases, pues repara
que querrá decir *que cara*
tu mujer te ha de costar.

¿Sale *cruz*? Pues en tu amada
no debes fiar gran cosa:
querrá decir que una esposa
es una *cruz* muy pesada.

EDMUNDO DE C. BONET.

Algo de poesía

IMPOSIBLE

Bate el mar con furia loca
el costado de la roca;
y aunque es vana su altivez,
se repliega cuando choca
para chocar otra vez.

La roca, firme y segura,
despreciando la porfía
del mar y su saña dura,
parece, enhiesta y bravia,
querer perderse en la altura.

Y así, en sabio paralelo,
la Naturaleza enseña
de la soberbia el modelo...
¡Que ni el mar hunde la peña,
ni la peña llega al cielo!

V. SERRANO CLAVERO

EL PLACER DE AMAR



Me ha visto y no se atreve á armar el arco,
Que lo arme, ¡vive Dios!
Irá al pecho la flecha ¡y qué me importa!
La noche... la ocasión...

EL PLACER DE AMAR



Ya sé; tras la cortina está la muerte;
corriente, moriré;
pongo una condición: cierra los brazos
y me arriesgo á caer.



El Perro

(CUENTO DE ALEXIS MUENIER)

Había allá en un pueblo, es decir, no en el pueblo, sino cerca de él, junto á un bosque, en una casa de mala muerte, un pobre almadreñero, que se llamaba Juan, que tenía una mujer que se llamaba Dominga y un hijo que se llamaba Pepe.

Los que hacen almadreñas ó zapatos de madera, ganan poco, porque la civilización ha llegado ya á todas partes, y todo el mundo quiere tener zapatos de becerro.

Juan era el almadreñero del mundo. Trabajaba á ciencia, y á conciencia cobraba, y esto es propio de un hombre de bien, pero no de un especulador. No empleaba otra madera que nogal, y arrojaba al fuego la que estaba podrida ó cuarteada, ó era de mala calidad, y he aquí la principal causa de su miseria. Además, todo le salía mal. Si los dichosos han nacido de pie, aquel pobre hombre debía haber nacido de cabeza. En una sola noche se le murieron sus únicas tres ovejas; cada día se estropeaba las manos con las herramientas de su trabajo; para cobrar se veía y se deseaba, porque precisamente todos los tramposos parece que se daban de ojo para encargarle obra, que le pagaban tarde, mal, y nunca.

Todo esto había agriado su carácter, y era un hombre gruñón, receloso, ensimismado siempre, que ni hablaba, ni tenía amigos, ni salía de casa más que cuando tenía que entregar obra ó que comprar materiales.

No me atrevería yo á afirmar que amaba á su mujer, pero á su hijo. ¡oh! á su hijo le amaba, le idolatraba con locura. En esto se parecía á los hombres honrados y sensibles. Y el sentimiento paternal salía en él fuera de los límites ordinarios. El chico era toda su vida. Veía por sus ojos, y respiraba por su boca. Pepe era su alma, su corazón, todo lo que para él había en el mundo. Sombrío, duro, hasta feroz con todo el mundo, era tierno, cariñoso, expansivo con su hijo. Robaba horas al trabajo y al descanso para hacer mil juguetes de madera al chico, y en sus días de mayor miseria no volvía á casa sin alguna golosina para el muchacho, aunque en casa no hubiese ni... esto que comer.

Una noche Juan estaba solo con su hijo. Dominga había ido á vender la piel de las ovejas al pueblo. Juan tenía en sus rodillas al chico, y miraba desde la ventana al camino cubierto de nieve, y el cielo cubierto de negras nubes. Hacía un frío de padre y muy señor mío, y el viento entraba silbando de una manera lúgubre por los infinitos agujeros de aquella casa, casi arruinada ya.

Dominga volvió muy entrada la noche.

— ¿Qué traes? le dijo su marido.

— Toma diez cuartos, dijo ella, y este pan de dos libras que me han dado.

— Paco ha venido, repuso el pobre hombre, y quiere que el lunes le demos treinta reales; y si no se los damos nos echa de esta casa, porque tiene quien se los dé por vivir aquí. ¿Has ido á casa de Pepón que me debe veinte reales?

— No tenía dinero.

— ¿Has visto á Nicolás, que también me debe?

— No me he atrevido á pedirle, porque precisamente esta tarde iban á enterrar á su mujer.

— Pues señor, repuso tristemente el desgraciado, más valía que te hubieras traído una cuerda para ahorcarnos.

— Espera, marido, dijo ella. Dios es grande.

De pronto el chico, saltando de las rodillas de su padre, exclamó:

— ¡Ay! ¡un perro!... ¡para mí, para mí!

Juan se levantó, y vió que detrás de su mujer había entrado un perrazo enorme, flaco como un esqueleto, erizado como un puerco espín, feo, vizco, lleno de fango, con el hocico largo, las orejas cortas y los labios negros. Tenía un aire feroz y noble al mismo tiempo, pero en conjunto era un animal feísimo. Dominga cortó un pedazo de pan

y se lo tiró al perro. El pedazo de pan desapareció en un instante en las fauces del animal.

El almadreño soltó un terno redondo.

— ¡ Un perro ! ¡ un perro aquí ! ¿ Y le das pan... ?

— Es un animalito hambriento que se ha venido detrás de mí, y me ha dado lástima, y no creí que te incomodase que le diésemos albergue.

Juan exclamó fuera de sí :

— Pues no faltaba más que un perro aquí. ¡ No tenemos para comer nosotros, y tendremos para un perro ! Y pasado mañana, cuando nos echen de casa, y no tengamos qué comer, verás qué divertidos estamos con el perrito. Dame, dame el hacha que voy á partirle en dos la cabeza, para que no tenga hambre ni pase más trabajos.

El chico se había abrazado al perro, y el perro le lamía suavemente las mejillas.

— No, padre, no le mates, dijo el chico, que es para mí. Se acostará conmigo, y me calentará los pies, y de mi pan yo le daré al perro.

El almadreño soltó el hacha, pero abrió la puerta y echó fuera al perro, dándole un puntapié.

El chico lloró mucho, más que porque le habían arrojado el perro, porque era la primera vez que su padre le negaba un deseo. Al fin se durmió la pobre criatura, pensando en su perro.

— Mira, Dominga, dijo el padre á la madre, mañana temprano, antes que el hijo se levante, cogeremos la madera que tenemos en el bosque, lo último que nos queda, y malo ha de ser que no nos den los treinta reales para pagar la casa y no tener que ir nosotros y el chico por esos caminos en este invierno tan crudo.

Al alba, Juan y su mujer salieron. El perro estaba tendido delante de la puerta.

— ¿ No te irás, demonio ? exclamó Juan, dando otro puntapié al perro.

Entraron en el bosque, y vieron que la madera que habían dejado juntita en el hueco de un árbol, estaba desparramada, y tuvieron que tardar mucho en reunirla. Como el bosque estaba lleno de nieve, les costó gran trabajo llevar la madera, y cuando salieron del bosque, ya brillaba triste y melancólico el pálido sol del mes de Enero.

— ¿ Qué ruido es ese ? exclamó el marido, deteniéndose de pronto.

ALREDEDOR DEL MUNDO



AMIENS. — Calle Marjols. La iglesia



À media voz

Oíanse gritos como de un niño, aullidos y ladridos de un perro. Juan sintió que se le helaba la sangre en las venas, y á Dominga se le bañó el cuerpo en frío sudor.

— ¡ Es el hijo! ¡ es el hijo! exclamaron los dos á un tiempo.

Dejaron allí la madera y corrieron, tanto como les permitía correr la nieve que cubría los caminos, hacia su casa. Los gritos eran cada vez más y más dolorosos, y los aullidos, y los ladridos se sucedían sin interrupción. Juan, más ágil que su mujer, llegó antes á la casa. Y al llegar, miró, y sin poderse valer, cayó de rodillas sin lograr articular una palabra, con los brazos extendidos y los ojos desmesuradamente abiertos. A veinte pasos de la casa, en el camino, estaba el pobre chico, yerto de espanto y frío, casi desnudo, con la camisa hecha cien pedazos, arrimado á un árbol. Cerca de él, el perro enfurecido, con las fauces y la nariz ensangrentadas, luchaba con una loba colosal. La loba sacudíase de las acometidas del perro, pero el perro no la soltaba ni la dejaba paso. La nieve estaba roja, y la loba tenía dos grandes heridas que le había hecho el perro, arrancándola con los dientes el pedazo. El perro, fatigado, jadeante, estrechaba más y más á la fiera, hasta que al fin le pudo coger el cuello con la boca, y se oyó el chasquido de los huesos que el noble animal rompía con sus dientes. La loba cayó para no levantarse más. Y Juan se levantó, y cogió al niño en sus brazos, á tiempo que llegaba la desolada madre. El perro, sudando, rendido, se extendió al lado de la loba, sujetándola con sus dos brazos, como si fueran dos tenazas, temeroso acaso de que aún hubiera un resto de vigor en su enemigo.

— ¡ Ah! exclamó Juan, ¡ valiente y noble perro! Para tí es el perro, hijo, y un bocado de pan que tengamos, con él lo partiremos, y si no hay para todos, yo me quedaré sin comer para que coma este animal querido.

— Y ya tenemos para pagar la casa, dijo Dominga, porque en el pueblo, el alcalde da tres duros por cada lobo muerto.

El perro no guardó rencor al almadreñero por los puntapiés que le había dado. Aquel noble, inteligente animal, se acordó del pedazo de pan que le arrojó la madre del niño que le acariciaba; pero no se acordó de la ofensa que le había hecho el amo de la casa.

¡ Del perro podrá tomar siempre ejemplo el hombre, ejemplo de humanidad, de cariño, de desinterés, y sobre todo, de gratitud!

El perro, que era dios entre los egipcios, merece ser en las naciones civilizadas el primero y el más adorado de los animales.

Amor y nieotina

Conozco á una estanquera
libidinosa,
que vende cigarrillos
de vuelta abajo
y tiene unos ojillos
de pavisosa,
que miran los traidores
con desparpajo.

A los tibios ardores
de sus miradas,
compraba muchas veces
papel sellado,
y muchas veces, diez
amanojadas
de tabaco, en vegueros,
envenenado.

¡ Sus ojos retrecheros,
libidinosos,
valían ya un estanco
de tagarninas;
pero es amor tan franco,
somos tan osos,
que fumaba las clases
más superfinas!

¡ Te adoro! ¡ Si me amases!
yo le decía
con la vista á sus ojos
concupiscentes...
Ella sonreía
y en los manojos
buscaba las labores
más indecentes...

Tabacos de gran precio,
pero sin capa;
cajetillas con vistas
al Camposanto;
pero yo, pobre necio,
como una lapa
sus ojos de sirena
miraba en tanto.

En fin, llegó la buena:
cierta mañana
que estaba despachando
con la familia,
sin saber cómo y cuándo
me dió la gana
de contarle mis sueños
de la vigilia.

Arrugaron los ceños
sus dos *causantes*,
pero ella amablemente
me escogió un puro,
no sin que antes
dijese displicente
que aquella breba ó diablos
costaba un duro.

Salí echando venablos
y al encenderlo
pensaba en su mirada
concupiscente...
¡ No tenía que hacerlo!
¡ Estalló una granada
que por poco me tira
todos los dientes!

¡ Aquella deliciosa
libidinosa
que vende cigarrillos
de vuelta... vuelta
¡ aquella pavisosa!
Puso polvillos
de pólvora de caza
y á mano suelta!

Maldije de su raza
y en aquel acto
quise verme con uno
de policía...
Pero pensé *ipso facto*
que yo era *un tuno*,
y tuve aquel castigo
que merecía.

Total ¡ oh Fabio amigo!
De la campaña
con la bella estanquera
libidinosa:
¡ Un diente, una pestaña,
media ceguera
y un duro del veguero
que hizo la cosa!

En cuestión de moneda
que listamente
me cambiaban sus manos
con aire fino...
Por cambio aun queda
falsos, mil pesos,
seis duros sevillanos
y un filipino.

BACH. SANSON CARRASCO.

Ieonofobia

Cuando los bárbaros adelantaban hacia Roma, toda aquella sociedad esclava de los emperadores, corrompida hasta la médula por todos los vicios, sintió un terror invencible. Los romanos, que habían conquistado el mundo cuando eran frugales, no acertaban á defender la Ciudad Eterna una vez ahitos. Algunos esclavos, bajando á las Catacumbas, murmuraban palabras de libertad. Algunos aristócratas se veían asaltados por tremendas visiones que se precisaban, aterradoras, á través de los vapores del vino. Y un día, cuando el miedo á la invasión inevitable hacía que los templos se llenaran de mujeres y de hombres que temblaban como ellas, la tierra se estremeció, y ante los ojos espantados de la muchedumbre los Dioses cayeron de sus altares y se estrellaron contra el suelo. ¡Profanación y horror! La tierra no quería molestar aquellas divinidades que no habían sabido encaminar la actividad humana hacia un ideal digno y perdurable.

Aquel terremoto fué un aviso y un castigo anticipado. Los Dioses caían ante el enemigo, confesándose vencidos antes de la lucha. Los romanos gimieron de dolor y Roma fué saqueada.

Han pasado muchos siglos. En los templos hay sobre los altares el Dios inmortal de los católicos. No habrá terremoto que le descuaje porque su mano contiene los vientos y las fuerzas que, desatadas, podrían desquiciar la Tierra.

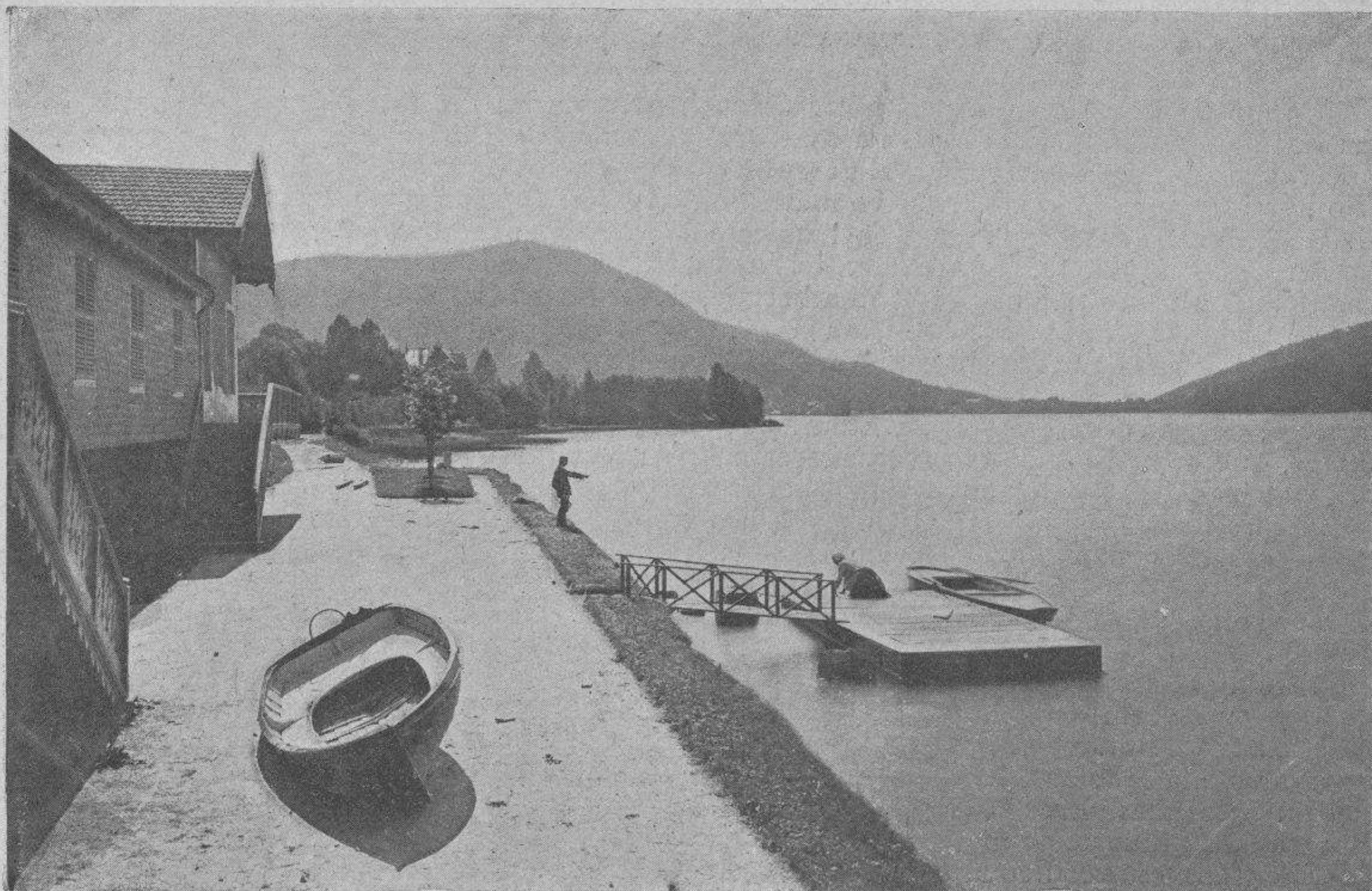
Pero los hombres, no contentos con la Divinidad que vive en los templos y en los corazones, han inventado, nuevos idólatras, otros ídolos que de rodillas se acatan, á quienes se implora, á cuya voluntad casi todos se someten y que á la hora de ésta son soberanos árbitros del mundo. A ellos debemos todas nuestras desdichas; á su maléfica influencia nuestra debilidad y tontería. Ellos hacen que en las clases altas reine el egoísmo y en las bajas la envidia; ellos frustran las empresas más generosas, mantienen la guerra entre los hombres, alimentan la ignorancia general, llenan de terror los espíritus, hacen que la miseria reine sobre la tierra. Ellos dirigen la educación de los niños y forman generaciones de imbéciles. Por ellos la esclavitud no es todavía una palabra vana, y la fraternidad no habita entre los hombres.

Conocen muchos el mal que esos ídolos engendran, y sabiendo que no resistirían al

ALREDEDOR DEL MUNDO



GÉRARDMER. — El lago de Longemer



Á la hora del sol

más leve empuje, nadie se atreve á iniciarlo. Unos voluntariamente, otros á la fuerza, todos nos inclinamos ante esos ídolos despreciables, y ¡ay del que no humilla la cabeza! El castigo es inmediato, seguro y terrible.

¿Imagináis por ventura que son esos ídolos los políticos, los generales, los poderosos? No. Ninguno de ellos podría causar el mal más leve á no estar protegidos por esos iconos que sobre pedestales deleznable se imponen á nuestra debilidad, propia de una raza decaída. La mentira, la adulación, la envidia, la cobardía, son los ídolos malditos que acaban con nuestras fuerzas, agotan nuestras energías y nos impiden gozar del reinado del bien que sólo la verdad, la entereza, la emulación y el valor pueden darnos.

Durante siglos y siglos han emponzoñado nuestra sangre, inutilizado nuestros esfuerzos y hecho que el mal nos ahogara con su ola obscura. La fe muere en los corazones, los ideales no se precisan, el progreso no avanza, las energías é iniciativas se agotan. El arte muere. En la política nadie cree. No hay quien extrañe ningún acto de corrupción. Los crímenes más nefandos quedan impunes. El tedio y la negación, esos dos disolventes poderosos que acaban con las razas, nos poseen y agarrotan y paralizan.

¿Dónde están los nuevos iconoclastas que con sus mazas han de destrozar los ídolos modernos? ¿A dónde los esclavos que entonan himnos á la libertad humana?

La iconofobia empieza á sentirse, va ganando los corazones. Apodérese de una vez de la humanidad y caigan al suelo, maltrechos y deshonrados para siempre, esos ídolos que, peores que el Moloch de los fenicios, se nutren á expensas de cuanto bueno y noble existe sobre el haz de la tierra. Al suelo de una vez y vuelvan al barro el que forma sus cuerpos para confundirse con él en las profundidades del mar ó en la falda de los montes. La onda séismica vibra ya; sólo le falta amplitud para estremecer el mundo sobre sus cimientos. ⁽¹⁾

A. RIERA.

En el artículo titulado *La ciencia vana*, que publicamos en nuestro número anterior hay erratas de tanta monta como «suavidad» por *inuitud*, «esciavitud» por *virtud*. Las subsanamos hoy porque el artículo resulta, merced á ellas, incomprensible.

Los padres

(Á MI HERMANA POLÍTICA AURELIA NOGUÉS)

Un matrimonio sin hijos encontró á dos infelices criaturas en la calle, implorando caridad. Verdaderamente movían á compasión aquellos seres, sin otras ropas que unos miserables harapos que dejaban al descubierto parte de la espalda y piernas... Hacía un frío horrible, y cuando el caritativo matrimonio se acercó á los dos angelitos, notó que tiritaban, perdidas ya las escasas fuerzas para proseguir su camino.

Andrés y Manuela, honrados y trabajadores, recogieron á los pequeños; y en la creencia de que no tenían padres ni albergue, lleváronselos á casa. No eran ricos, pero tenían un tesoro inagotable de buena voluntad.

Transcurría el tiempo sin que Andrés y Manuela se preocupasen lo más mínimo por aquella carga, que les obligaba á redoblar su trabajo. Los dos niños captáronse todo su aprecio, porque eran amorosos y humildes; pero ocurrió, después de catorce ó quince meses, que se presentaron los verdaderos padres; reclamaron á las criaturas abandonadas y se las llevaron, dejando á aquel honrado matrimonio en una situación dolorosa.

Naturalmente, siguieron Carlos y Lolín mendigando, infamemente explotados por unos padres que en lugar de agasajarlos, castigábanlos si las limosnas habían sido escasas.

Por consecuencia del mal trato y la miseria, enfermó la niña, y tan grave se puso, que el médico desesperó de poder salvarla.

Tres días después moría en una de las salas del hospital. Los únicos que la asistieron durante su enfermedad, fueron las hermanas del benéfico asilo y Andrés y Manuela, que no cesaban de llorar, besando las heladas manecitas de la pobre criatura, en cuyo semblante parecía dibujarse inefable sonrisa, como si en ella estuviesen concentrados los sentimientos más puros de gratitud y cariño hacia aquellos seres honrados que hasta en la hora de su muerte colmábanla de caricias...

El entierro se verificó al siguiente día, costado por Andrés y Manuela, que acompañaron á la pobre víctima.

Cuando el sepulturero se disponía á ocultar para siempre en el fondo de la tierra aquella cajita blanca, envuelta por el perfume de una corona de flores naturales, se presentó de improviso un niño que apenas contaría ocho años... Era Carlos. La escena que se produjo fué desgarradora, pues el niño no quería separarse ya de su hermanita.

Enterrado que fué aquel angel, salieron del cementerio Andrés y Manuela, llevándose consigo á Carlos, que no cesaba de llorar, exclamando en palabras entrecortadas: «Yo no tengo más padres que ustedes; sólo ustedes son mis protectores, á los que amaré y respetaré mientras viva.»

Manuela atrajo á Carlos, y al oído de Andrés deslizó estas palabras: «Será nuestro hijo.»

FRANCISCO COLLADO MARTÍ.

* * *

Soy por temperamento un hombre honrado;
aplauzo la virtud, al bien aspiro,
y con amarga pesadumbre miro
pujante el vicio, el crimen coronado.

Pero, á la vez, perplejo y asombrado,
la inasequible perfección admiro
del flaco asceta en hórrido retiro,
del triunfal mártir en la cruz clavado.

¡Alma mía dormida! En tu profundo
reposo falta el encendido anhelo
de heroica abnegación germen fecundo;

y al contemplarme así, temo y recelo
ser demasiado bueno para el mundo,
no ser hastante santo para el cielo.

TEODORO LLORENTE.

* * *

Poseo el sentimiento para amarte,
mi voluntad ansía obederte,
se ocupa mi razón en comprenderte,
se emplea mi memoria en recordarte.

Hago vibrar la lira por cantarte,
sueña mi fantasía enaltecerte,
mis ojos sólo miran para verte,
dedico mis oídos á escucharte.

—Creo en lo puro porque tú palpitas,
amo mi duelo porque tú lo excitas,
practico el bien para rimar contigo...

¡Y tal de tu ilusión mi sér se llena,
que hasta dudo si fuese gloria ó pena
ir al cielo sin tí, dulce enemigo!

F. GASCÓN CUBELLS.



Antes se dedicaba á los pavos



[Y ahora sigue dedicándose á los pavos también



Tengo el gusto de anunciar á ustedes que estamos preparando importantes mejoras.

Tendrán que ver.

Nuestro propósito es convertir este periódico en uno de los mejores semanarios de su indole, tanto por la ilustración como por el texto, pues es justo que correspondamos al creciente favor que el público nos dispensa.

Ah... se me olvidaba lo mejor.

Romperá el fuego á primeros de año, un número extraordinario compuesto de 40 páginas.

A pesar de lo cual sólo costará á corresponsales y á los que nos honran comprando LA SAETA, el doble del precio para unos y otros corriente.



Sí, señor, tiene mucha razón mi amigo Estrañi, hablando de los panaderos, que piden se permita la importación de trigos:

«¿Desde cuándo han invadido el terreno de nuestra literatura esa infinidad de palabras y frases extranjeras que se leen diariamente en todos los periódicos y en muchos libros?»

¡Desde que empezamos á preferir la cocina francesa al clásico cocido nacional!»

Y si no que se lo pregunten á ciertos directores de periódicos, convertidos en periodistas... por la Providencia, que no deja sin abrigo á los gorriones.



El corazón de la mujer ha dado mucho que hacer á los escritores; para algunos la mujer no tiene corazón.

¡Perversos!

Para Limayrac el corazón de la mujer es un santuario de oro en donde muchas veces reina un ídolo de barro.

Para Byron, es una parte de los cielos; pero cree que, como el firmamento, cambia noche y día.

Alejandro Dumas compara el corazón de la mujer á esas cajas de resorte, de las cuales saltan, al abrirlas, diablos de todas especies y de todas formas.

Alguien ha dicho que el corazón de la mujer es un salón de casa grande en el cual no se puede entrar sin hacer antesala.

Los poetas han dado infinidad de nombres al corazón de la mujer: le han llamado arcano, abismo insondable, trozo de mármol, etc.

Para mí el corazón de la mujer es un corazón, y nada más que un corazón.

No me gusta poner motes.



Los sitios en que viven seres humanos á elevación mayor de 4,000 metros sobre el nivel del mar, son los siguientes:

A 4,989 metros, los obreros de las minas de Thok-Djalong (Asia).

A 4,382 metros, los habitantes de Apo (Perú).

A 4,358 metros, los encargados de la estación meteorológica de Pike-Peak (Estados Unidos).

A 4,050 metros, los mineros de Porco (Bolivia).

Bien puede afirmarse que los habitantes de los citados puntos están en una posición *muy* elevada.

Correspondencia

E. G. —Valencia. — Gracias por el consejo. No tengo ningún original de usted.

O. C. —Valencia. —Estoy convencido, pero, francamente, más importantes son las reformas arancelarias de Cuba y, sin embargo, no me he ocupado de ellas. Dejemos á Maroto, que bastante trabajo tiene.

M. P. S. —Requena. —Venancio me ha dicho que contestes.

—JULIÁN.

Pedro del Junco. — ¿Qué Emilio Mario estrenará su drama «La Maldición de Wagner»? Que le devuelvan el dinero. Si sigue usted por ese camino, le auguro un final desastroso.

Luzbel. — Huesca. — Aunque me amenace con llevarme á sus dominios, no conseguira que publique esos versos.

Casimiro. —Calatayud.

Si vas á Calatayud pregunta por Casimiro, que es un poeta muy malo y merece cuatro tiros.

A. H. — No. — E. J. — Tampoco. — R. M. de A. — Bueno. — R. F. — Veremos. — L. L. — ¡Puede! — Anibal. — ¡Gracias á Dios que encuentro un chico de circunstancias! Mande la firma, y jure por su honor que los versos son suyos y los publicaré.

Pompeyo. — No admito odas al casero.

A. A. — Barcelona. — Ni sonetos á la novia.

Pillín. — Dispense que no le complazca. Aguinaldo puede leer el artículo de usted y no aceptaría las proposiciones de paz. Todos los buenos españoles debemos desear que la guerra termine cuanto antes.

Don Nadie. — Todavía están verdes. Fijese bien:

Por mucho que me estreches contra el pecho, entre *tí*, y entre *mi*, mujer malvada...

Esos dos versos no dicen nada, créalo. Y lo mismo digo de los demás. No desmaye usted... Animo y á trabajar.

J. P. C. — Barcelona. — Tres sonetos á D. Anselmo y ¡oh, dolor! los tres muy malos. ¿Qué usted «dió vida» á *Sancho Panza*? ¡Ya decía yo que ese Cervantes!... ¡Ah! Y no me llame usted compañero, que eso es confundirme... con San Antón.

Basta por hoy, que no tengo más espacio para contestar á otros señores. Paciencia hasta la semana que viene.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas

Año . . . 11 »

Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona